

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

TOROS PARA CATALANES (1)

TRADICION EN CONTRA

«EN Cataluña hay poca afición a este género de espectáculos, que tienen por gentílicos y bárbaros los extranjeros.» Así escribía ya el padre Mateu Aymerich, S. J., a mediados del siglo XVIII, cuando en su «Historia Geográfica y Natural de Cataluña» se ocupaba del ganado vacuno indígena. «Toros feroces, se hallan algunos en Cataluña, pero no son tan fieros como los de Xarama y Navarra, de los cuales se sirven en algunas provincias de España para la diversión de los espectadores de corridas de toros, a que son en extremo aficionados los españoles, como lo eran también igualmente los romanos...» No importa, de momento, lo que ocurriese entre los vecinos de la antigua Roma, ni si las reses de acá salían o no más bravas que las de allá. Tal vez, en otro momento, nos detengamos en estos detalles. El interés de las frases reportadas reside, ante todo, en la diligencia que el padre Aymerich ponía en advertir el escaso entusiasmo taurófilo de los catalanes. Es, sin duda, uno de los primeros testimonios documentales de la corriente autóctona de opinión que se opone a la llamada «fiesta nacional», y que de ello hace bandera y saca orgullo. De hecho, se trata de un episodio más de la serie europeizante. No es un azar que el jesuita invoque el juicio de los «extranjeros»: esa mención, precisamente, apuntala el sentido último de sus palabras.

Desde luego, podría suponerse que, de entrada, el asunto quedaba vinculado a las actitudes polémicas del catalanismo más o menos político, y en todo caso, al intelectual. La sospecha no deja de ser comprensible, ni le faltan certificaciones. Resultaría fácil de hacer una antología de textos hostiles al toro, con firmas de esta procedencia. No soy erudito en la materia, pero creo recordar algún verso de mosén Costa i Llobera, pasajes cáusticos de Josep Pla, una nerviosa filípica —«Toros a Cervera!»— de J. V. Foix, entre lo más brillante del repertorio. Era lógico. Si se pretendía subrayar el «hecho diferencial», y si se aspiraba a dar al país un nuevo estilo de vida «civilizado», no había manera razonable de permanecer indiferente en este punto. La «lidia» se presentaba con todas las agravantes: la crueldad, el énfasis carpetobético, su intrínseca identidad con el «antiguo régimen». Se imponía marcar distancias, y se marcaron. Ignoro cómo y cuándo se perfiló la tendencia. El hecho es que se generalizó, hasta convertirse en puntillito de militancia. Sin embargo, el rechazo venía de antes, de mucho antes, como nos permiten deducir las líneas trascurtidas del padre Aymerich. Y tampoco fue una exclusividad catalanesca, naturalmente. Don Francisco Pl i Margall, sin ir más lejos, se distinguió en un par de intervenciones parlamentarias abogando por la supresión de las corridas. La literatura libertaria ofrece otros ejemplos de condena y de desdén.

Con todo, en este abigarrado proceso de repulsa, parece inasurarse una curiosa confusión. O me lo parece a mí, por lo menos. Se diría que, de la decisión de «estar en contra», se pasó a afirmar que «no tenemos en ello arte ni parte». Según nuestros papeles anti-taurinos, la tauromaquia sería un vicio importado: sin aboiengo vernáculo. El buen pueblo catalán «nunca» habría sentido de veras la pasión de las «arènes sanglantes», y cuando cayó en la trampa, o en la tentación, fue por contaminaciones nefandas... Quizá nadie se haya atrevido a asegurarlo en estos términos, pero tal era la tesis implícita. Y habría mucho que discutir acerca de su exactitud. Es un pequeño problema de historia, ciertamente. Ya es muy significativo que no existan trabajos serios, de investigación

o de síntesis, sobre el tema. Porque el tema sí «existe». Quiero decir que, durante siglos, «aquí» ha habido una considerable debilidad por el juego de toros: tanta o más que en otros sitios. Valdría la pena de que alguien coleccionase los datos ya publicados —son abundantes—, para centrar la cuestión. ¿Ustedes se imaginan al mismísimo Ramón Muntaner aplaudiendo desde una contrabarrera el garbo de una suerte de rejones? Pues «casi» lo leemos en su «Crónica». Y en cuanto a «catalán», Muntaner lo era un rato largo: incluso demasiado (con perdón). Por descontento, más que el canónigo Cosia, que mi amigo Pla y que el señor Foix...

Para ser un poco precisos, tendríamos que distinguir entre «toros» y «toros». Los toros «modernos», cuya decadencia se arrastra en sesiones destinadas al turismo y a la alucinación televisiva, son una invención del Setecientos: borbónica y goyesca, con añadidos posteriores de pseudofolklore andaluz. Los otros, los toros precedentes, todavía no regidos por la exclusividad del canon y del profesionalismo, tenían una geografía muy extensa. En ella, los Países Catalanes ocupaban un espacio importante, y no podía ser de otro modo. Hay etnólogos que confieren a la tauromaquia un origen oriental, o cuando menos mediterráneo, en la más amplia acepción del topónimo. Hemos visto cómo el padre Aymerich aludía a los romanos: «Según se recoge de diferentes epigramas de Marcial y de las Metamorphosis de Ovidio, lib. 13, donde dice este Poeta que los Toros en el circo se enfierecían poniéndoles delante alguna ropa colorada», añade. O nos llegó la costumbre por conducto de los pretores y sus muchachos, o bien a través del «contagio moro», que decía Quevedo. Y hasta queda pendiente la hipótesis de una inciativa rigurosamente local. Sea como fuere, todo indica que tenemos derecho a atribuirnos el dudoso mérito de la prioridad cronológica, respecto a la gente de tierra adentro... De esa tauromaquia prehistórica —preborbónica, pregoyesca: anterior a Cúchares, ¡ayay!— apenas subsisten rastros, hoy día. Pero no es posible olvidarla como «sustrato» de la situación a examinar.

Y ahora me limito a poner sobre el tapete este primer escrutinio, para ser objetivo. Es obvio que la tradición taurófila catalana cuenta con una alta y densa afluencia de participaciones: cultas, más que populares, y relativamente recientes. Sobre ello no cabe la sombra de una duda. Con todo, conviene salir al paso del habitual trucaje que intenta substituir la «parte» por el «todo»: una explicación «clásica» por una explicación «nacional». En el área catalanoparlante, la tauromaquia ha seguido el curso de la evolución económica-social: en las zonas industrializadas, con burguesía y proletariado, los toros han «retrocedido»; en las otras, más rurales o mestradas, los toros «resisten». Pongo provisionalmente entre paréntesis el factor «turismo». La burguesía y el proletariado —en Barcelona y sus alrededores— abandonaron el gusto por el toro y el torero. Más aún: resolvieron combatirlo. Pero quedaba lo demás. Y quedaba, sobre todo, el pasado. Tradición frente a tradición, todavía es más sólida y afable la tauromaquia. Sólo que no «cuenta». Los núcleos llamados «dirigentes» desertaron los tendidos. Cuando los empresarios de la plaza de Andorra la Vella redactan el cartel de una corrida —ellos son los únicos que «han de hacerlo» en catalán— se ven en un aprieto: Pompeu Fabra no previó un vocabulario pulcro para el caso. Y, sin embargo...

Joan FUSTER

LOS TRABAJOS Y LOS DIAS

DE LA AVENTURA DEL ESCRIBIR A LOS CRITERIOS DE TVE

ESCRIBIR es, en este país, una aventura. No llorar, como explica Larra en «Horas de invierno», porque a medida que la revolución industrial ha avanzado, ha subido el grado medio de riqueza y, en consecuencia, el de cultura. En 1838 y en Inglaterra —que marcha a la cabeza de la industrialización— el decimocuarto fascículo del «Pickwick» alcanza una venta de cuarenta mil ejemplares: meta entonces fabulosa. Hoy, en castellano, José María Gironella ha vendido en dieciocho años seiscientos mil ejemplares de su trilogía sobre la guerra civil; en catalán, Josep Pla viene reeditando su medio centenar de libros desde hace cuarenta años. Son dos ejemplos, sí, pero no de normalidad, sino de aventura. Un equivalente, salvando las distancias que se quieran, de la aventura dickensiana, por cuanto ya hoy en la Gran Bretaña escribir no es llorar ni correr aventuras, sino ejercer un oficio.

A cuantos se han extrañado de que yo concursara al reciente premio «Josep Pla», basándose en que mis escritos han conseguido un cierto grado de difusión estos últimos años y que, por tanto, no necesitaba del campanillazo de un premio para darme a conocer, como ocurre con el escritor más o menos novel, he tenido que recordarles con machacona insistencia todo el aire de aventura, tan incierta como apasionante, que reviste en esta península el ejercicio de la vocación y profesión de escribir.

El país se halla industrialmente precario. La tendencia bascula hacia la ascensión, pero con excesiva premiosidad. Sobre esta base, los problemas de la enseñanza a todos los niveles son agudos. El resultado pragmático; ayer y hoy, es una masa de millones y millones de españoles que no compran ni leen libros: falta el sustrato cultural y de mercado que posibilite la normalización de la tarea del escritor. Esta es como pretender atravesar una selva tupida: requiere el empleo constante del machete desbrozador.

El escritor, en el país, no puede sentirse a escribir olvidando su alrededor. Debe, además, forzar constantemente los límites que le cercan, y se concretan en la búsqueda de nuevos lectores. Porque si éstos no afluyen con la naturalidad que lo hacen en una nación culturalmente avanzada, hay que provocar en ellos una incitación extemporánea y estridente. De ahí la necesidad del premio literario, el cual sólo subsidiariamente es garantía de calidad. La fiesta social de los premios, los ditirambos que se vuelcan sobre la obra premiada, constituyen hoy por hoy el intento más rentable de forzar los límites de mercado. Mi libro «Difunts sota els ametllers en flor» será peor o mejor al margen del premio «Josep Pla», pero gracias al premio su difusión puede ser notablemente amplia. ¿No es acaso superior «Las ratas», dentro de la obra de Delibes, a «La sombra del ciprés es alargada», que le valió el Premio Nadal? No obstante, ésta tiene un índice de venta muy superior a aquélla.

Este planteamiento requiere, por otra parte, una matización capital: el cuadro que he trazado se refiere, en general, sólo al escritor en lengua castellana, idioma oficial y único obligatorio, que cuenta con todas las protecciones y posibilidades de cualquier lengua culta. Nada de lo cual, en cambio, sirve al escritor en idioma catalán, falto de escuelas y de medios de información. El conocimiento escrito del idioma requiere un acto de voluntad individual y privado por parte de cada uno de los seis millones de catalanoparlantes teóricos. La aventura se convierte, aquí, en una angustiosa lucha por la supervivencia.

Es entonces cuando el premio literario cobra todavía una más voluminosa importancia: es la única herramienta que puede ser útil al escritor para forzar los límites. Yo tengo, sin duda, miles de lectores que siguen mi colaboración literaria en la prensa en castellano. En catalán sólo una de mis cuatro novelas ha sido reeditada: la última, claro está, la que se ha beneficiado de diez años de labor. El desequilibrio entre mi audiencia en castellano y en catalán es abismal. Únicamente un autor podría vivir hoy íntegramente de sus libros en catalán: Josep Pla. Todos los demás necesitan de una segunda dimensión, sea la de colaborar en la prensa o la de ejercer de profesor, de burócrata, etcétera. Lo que de honorífico tiene un premio, la vanidad que pueda satisfacer, apenas si ocupa lugar en el escritor catalán, porque necesita de la publicidad al igual que sus pulmones requieren, el aire.

Por ello es doblemente parcial y nocivo que, además de no poder emplear su lengua en el campo de la enseñanza y de los grandes medios de información, éstos incluso desatiendan la mera difusión de noticias relativas a la literatura catalana. Debo decir, por honesta exigencia cultural y comunitaria, que al recibir el premio «Josep Pla» he vivido lo que estimo una injusta discriminación por parte de Televisión Española. Que uno u otro periódico o emisora radiofónica haya dedicado más o menos espacio a la noticia, depende en buena parte de la dirección del mismo, al fin y al cabo una empresa privada —al margen, añadiré que los medios de información barceloneses se han ocupado con largueza del premio y los de Madrid y provincias en la medida que un diario de aquí, por ejemplo, puede referirse a un premio concedido en Madrid, como el «Alfaguara».

El caso de la televisión es enteramente distinto: dependiente del Estado, siendo Cataluña una de las regiones con más televisores y, según me dicen, con gran volumen de anunciantes, la obligación de Televisión referente a la difusión y comentario de noticias relativas a la cultura catalana me parecen ineludibles. Pero fueron eludidas: además de un reportaje informativo general, en el que por un momento se mencionó el premio «Josep Pla», al igual que se filmaron las mesas de los comensales, fueron dedicadas dos largas entrevistas al «Premio Nadal», una con Antonio Vilanova, miembro del jurado, y otra con el ganador, Francisco García Pavón. Hecho que, me apresuro a decir, me parece perfecto. Incluso comprendería que dedicaran más espacio al «Nadal» que al «Pla» —como es sabido, se concedía la misma noche y su importe en metálico es el mismo—, a causa de su antigüedad. Pero ¿qué razones puede haber para olvidarse del premio en catalán? Radio Nacional de España, en las mismas condiciones que Televisión Española, difundió en cambio una emisión sobre ambos premios por toda su red nacional.

Ya sé que mi actitud al exponer este asunto será considerada por muchos como una queja de mi vanidad herida. Este tipo de opiniones me son indiferentes. Ya dije antes que la necesidad de supervivencia es infinitamente superior, en el escritor catalán, que la de satisfacer su vanidad. Si al escribir sólo me movieran la vanidad y la conveniencia crematística —a mí y a los escritores en catalán—, haría toda mi labor en idioma castellano. La cuestión tiene un grave planteamiento objetivo, más acá o más allá de personalismos. Representaba mi libro, el día seis de enero, la noticia más importante en el ámbito de la cultura catalana. Necesitaba que el medio de difusión español más vasto se ocupara de ello, como servicio informativo cultural. Esto es todo. Y es mucho.

La aventura continúa siendo una angustiosa lucha por la supervivencia.

Baltasar PORCEL

SEMANA SANTA

PRIMAVERA

1970

50 EXCURSIONES

con diferentes y sugestivos itinerarios. Solicite folleto por teléfono y se lo enviaremos a su domicilio

CIA. HISPANOAMERICANA DE TURISMO

Ag. Viajes. Grupo A. Tit. 17
Paseo de Gracia, 11. Tels. 231-93-51
y 231-72-00

Reconocimiento médico anual «CHECK-UP»

La salud no es simplemente la ausencia de enfermedad, sino un estado de bienestar físico, mental y social. Por desgracia, en esta época de increíbles adelantos científicos, el individuo sólo acude al médico cuando su salud está alterada, buscando la curación de una enfermedad que en muchos casos pudo ser evitada. De aquí la necesidad de examen médico completo anual.

El reconocimiento médico especializado consiste en el examen minucioso de todos los sistemas y aparatos, quedando en su poder un dossier completo de todo el historial, exploración clínica, junto con los datos de laboratorio y radiografías a usted practicadas.

Esto es lo que actualmente le ofrece el INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO a través de un equipo de especialistas reunidos en un sólo local y con una unidad de criterio para que usted pueda realizar su revisión periódica con un mínimo de tiempo y molestias.

INSTITUTO DE RECONOCIMIENTO MEDICO, Avda. Generalísimo Franco, s/n. 598, 2.º (Calvo Sotelo). Teléfonos números 217-94-76 y 217-96-32.

AÑO NUEVO oferta nueva
HAGASE USTED MISMO EL PRECIO

No es necesario que se desplace a TANGER, ANDORRA o CANARIAS

NADIE VENDE MAS BARATO NI MEJOR CALIDAD

nuestros descuentos son auténticos

No abonamos nada por sus electrodomésticos usados

Vendemos con seriedad sin trucos ni embrollos

GRANDES FACILIDADES DE PAGO SIN AUMENTO

Con la garantía de:

FOTO CLUB
PELAYO, 50

"M. Roca Ribera"

Estrada y Alvarez
S. L.

Rambla de Cataluña, 112

Gran liquidación, modelos alta confección

Abrigos lana lisa o inglesada a 499 ptas.

Vestidos de seda o algodón a 199 y 299 ptas.